

Recordando a José Alix Alix

Conocí a José por el año 1943. Se celebraban en Madrid unas Jornadas de Tisiología organizadas por el Patronato Nacional Antituberculoso. En aquel entonces yo desempeñaba el cargo de Director del Sanatorio del Espíritu Santo y había emprendido con su médico residente Felipe Margarit Traversac, con gran acierto, el camino de la llamada entonces cirugía torácica.

Director del único Sanatorio Antituberculoso de Barcelona, asimilado por el P.N.A. y cirujano torácico, precisamente cuando el tratamiento quirúrgico de la tuberculosis pulmonar había extendido sus indicaciones ante la imposibilidad o ineficacia de la colapsoterapia neumotorácica, creí que debía concurrir a las Jornadas en las que la primera ponencia estaba dedicada a colapsoterapia quirúrgica desarrollada por los Dres. José Alix Alix y José Escudero, director y cirujano respectivamente del flamante «Centro de Colapsoterapia» que el P.N.A. había instalado en la calle Silvela de Madrid.

La ponencia se había distribuido con anterioridad, de suerte que los inscritos asistimos a su exposición habiendo leído su texto. Debía pedirse la palabra para intervenir en la discusión, antes de empezar la sesión. Fueron numerosos los solicitantes. De Barcelona pedimos la palabra Luis Rosal Catarineu y yo. Expuso la primera parte de la ponencia Alix Alix y la segunda Escudero. A su término fuimos invitados a hacer uso de la palabra los que la habíamos solicitado. Durante el transcurso de la discusión me fui dando cuenta que la mayoría de las intervenciones no dejaban de ser problemáticas. Muchas expresaban algo que me hizo pensar que los más, eran detractores de Alix o del Centro de Colapsoterapia que dirigía.

Alix Alix se levantó para iniciar la respuesta a los participantes en la discusión. Lo primero fue anunciar que él iba a responder sólo a los compañeros de Barcelona, Rosal y Manresa y el Dr. Escudero a los demás, agradeciendo a todos su intervención. Así lo hizo. Se terminó el acto y Alix vino a nuestro encuentro para invitarnos a visitar el Centro de Colapsoterapia por la tarde. Asistimos con mucho gusto y al término de nuestra visita, José y yo nos separamos vinculados por una amistad que el tiempo consolidó adornándola de cariño e intimidad.

He recordado este episodio inolvidable porque describe y define al amigo ausente. Hombre gallardo, impresionable, profundamente celoso de la honestidad e incapaz de disimularlo, en aquella determinación quizás poco cortés, Alix separó a sus objetores en leales y en movidos por intereses personales y los que les movían razones que el conocía y sabía. Aparte de la extrañeza que me causó su proceder, la comprendí por la tarde, cuando Rosal y yo dialogábamos con un compañero muy inteligente, preparado, entusiasta, profundamente humano y lleno de amor al enfermo.

Alix Alix fue un trabajador pertinaz, sin tregua y aparentemente sin descanso en los diversos aspectos de su actividad. Hizo la carrera, la misma de su padre, con extraordinaria aprovechamiento, venciendo las dificultades de una orfandad paterna demasiado temprana. Su inteligencia, su aplicación al estudio y sus cualidades humanas le hicieron acreedor a ser becado por la Institución Libre de Enseñanza, coronando sus estudios brillantemente.

El ejercicio de la medicina presupone un doble aspecto dentro de la misma profesión. Ejercer de médico, la parte más humilde, la que se lleva a cabo como un «oficio» que nuestro inolvidable Gol denominaba «el oficio de curar y prevenir las enfermedades y procurar la máxima salud posi-

ble a la colectividad». El otro aspecto, o sea el científico y cultural de la profesión, que tiene el doble objetivo de fundamentar «el oficio» y contribuir, como lo hizo Alix Alix, a mejorar la tisiología durante la cuarta y quinta década de nuestro siglo, para ser luego promotor de la neumología moderna de nuestro país.

Su gran trabajo consistió en adquirir y asociar la mayor cuantía posible de conocimientos, relacionándolos, de suerte que logrando las mejores síntesis y con la mayor naturalidad, las ofrecía a sus colaboradores y discípulos, siempre pendientes de su palabra y su quehacer así como de lo que decía y exponía en aquellas sesiones de por la tarde en el «Centro de Colapsoterapia» a las que había asistido durante mis entonces frecuentes viajes a Madrid. En cuanto a su actuación como médico dio siempre la sensación que sus decisiones y consejos se apoyaban en un gran sentido de responsabilidad, transmitiendo al paciente la confianza que sugería su seguridad técnica.

No se puede dudar que su profesionalidad partía de una vocación y aptitud reales. Pero puede decirse que Alix Alix era un hombre superdotado que habría sobresalido en cualquier actividad humana que hubiese emprendido. Hombre de gran energía, que había ganado batallas a la adversidad, tenía una actitud a veces un tanto agresiva ante la falsedad y la injusticia. Este aspecto de su temperamento le hizo parecer un hombre duro, como son los que hacen historia. Pero, era sólo el encubrimiento de una bondad generosa en el saber y en el darse y de una ternura exquisita, ambas integradas en un humanismo ejemplar.

La personalidad de Alix, como médico, pasaba por las tres cualidades que la conformaban: una objetividad científica, lograda con su preclara inteligencia y una gran cultura fisis-neumológica, la libertad de espíritu únicamente limitada por la frontera de su gran sentido ético y un respeto integral a la dignidad humana, que le sugería un gran amor al enfermo que confiaba en él.

Alix era un liberal doctrinario no dogmático. Era casi el tipo liberal anglosajón por su perfecta ortodoxia. Y digo así porque no podía ser perfecto siendo y sintiéndose latino cien por cien. Amador de la libertad no la concedía a los prevaricadores, a los que no trabajan y a los que no sirven a la sociedad que para él era un deber ineludible.

Con Alix compartimos la inhabitual circunstancia de cruzar la frontera de la cirugía toracopulmonar. Este hecho coincidió con el «intermedio quirúrgico del tratamiento de la tuberculosis pulmonar» y en nuestro país el enfermo quirúrgico en aquellos días perdía muchas veces su oportunidad terapéutica esperando un cirujano torácico. Ambos lo hicimos porque nuestras vocaciones se correspondían con «L'esprit therapeutique» de Leriche.

Hicimos juntos nuestro primer viaje a Estocolmo el año 1946. Nuestra convivencia durante el mes y medio que duró fue tan grata como íntima y su recuerdo constituye el espíritu de estas líneas que son mi postrer homenaje a aquella bendita amistad.

Antes de aquel viaje Alix era un compañero que merecía toda mi consideración y estima. Después de convivir conocía al hombre. Su bondad su generosidad, su entereza, su sensibilidad y su humanidad consolidaron una amistad y un afecto entrañables.

Alix fue sobre todo un varón recto que ha dejado una esposa desconsolada, hijos llenos de nostalgia, y me imagino la honda y profunda tristeza con que dejaría aquel hogar de la calle Castelló, del que había hecho toda la vida, el lugar de su amorosa predilección.

G. Manresa Formosa